

sierto el tema, por no creer dignos de recompensa a ninguno de los tres trabajos sometidos a nuestra consideración.

Protestamos a ustedes nuestros respetos.

México, 16 de diciembre de 1931.

Rúbricas: J. E. Monjarás.—Alfonso Pruneda.—A. Brioso Vasconcelos.—Ramón Pardo, Relator.

VOTO PARTICULAR

El suscrito se permite manifestar, como opinión suya propia, que juzga que a pesar de las objeciones que con toda razón se hacen a los trabajos de concurso presentados, hay en ellos méritos suficientes para que se recomiende, como un estímulo para los autores, la publicación de ellos en la Gaceta Médica.

Salvador Bermúdez.

RESOLUCION

La Academia, por mayoría de votos, aceptó el Dictamen y rechazó el voto particular del doctor Bermúdez.

INFORME que rinde el Secretario Anual de la ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA, de los trabajos presentados por los señores Académicos de Número y Corresponsales, durante el año social 1930-1931

Señor Rector de la Universidad Nacional,
Señor Presidente de la Academia Nacional de Medicina,
Señores representantes de las Sociedades Científicas de México,
Señores Académicos,
Señoras y señores:

Pesan sobre mi espíritu en estos momentos las figuras ilustres de mis dos inmediatos antecesores, en el honroso puesto que ocupo en esta Academia y cuya memoria, qué diré, cuya presencia hace aún más difícil el cumplimiento de mi cargo reglamentario. Ellos, Torres Torija y Escontría, con su espíritu fuerte, con su mentalidad clara, con la preparación larga y cuidadosa que dan ponderación y ecuanimidad, hicieron el balance intelectual en los años de su encargo, con un acierto que todos les admiramos y aplaudimos, porque ambos, por las cualidades que he enumerado, han llegado a esa cima espiritual que es la virtuosidad suprema del espíritu crítico: sum cuique, dar a cada uno lo que es suyo colocándose donosamente en el fiel de la balanza, entre la alabanza hiperbólica que se confunde con la lisonja, y por esto es despreciable y la censura acre e hiriente,

envenenadora y destructiva, hija de prejuicios tenebrosos o de malconformación espiritual.

Seguir a mis predecesores imitándolos sería torpe y lamentable empeño; me vería obligado a repetir con torpeza de líneas lo que fueran brillantes dibujos, pinceladas maestras, que siempre segundas partes fueron malas y el imitador y el copista, cuando son como yo, impreparados, deforman y adulteran las figuras más nobles y hermosas.

Por estas razones, que no son ardid literario, sino franca exposición de hechos, limitaré el cumplimiento de mi deber reglamentario casi a modestas cifras numéricas. Celebró nuestra Academia cuarenta sesiones; en ellas se leyeron veinticinco trabajos reglamentarios y ocho extraordinarios; pero debemos tener en cuenta que formamos la Academia sesenta y dos miembros de número y veintitún corresponsales. Este resultado ya que a este informe le he llamado balance, acusa un déficit en nuestras actividades. Algún pesimista, que no ha de faltar entre los que me escuchan, dirá por lo bajo aquí y por lo alto al salir de este salón, que estamos en quiebra, que la Academia de Medicina no ha cumplido con su deber durante el año social que acaba de terminar. Quien tal diga y afirme emitirá un juicio falso e injusto: esos treinta y tres trabajos leídos durante un año representan un esfuerzo que no titubeo en llamar heroico, realizado por nuestros Académicos.

Los médicos que formamos esta agrupación no vivimos en las fértiles llanuras de la Mesopotamia ni en los jardines bíblicos que destilan leche y miel; vivimos, por el contrario, en el campo arruinado y humeante de la heredad nacional, en el que se multiplican solamente las desgracias, la pobreza, la enfermedad y la muerte, y fieles por abolengo a nuestras tradiciones éticas, no hemos hecho, lo confesamos con íntima satisfacción, un comercio usurario del ejercicio profesional; lo seguimos considerando y practicando como un servicio y una función social: no explotamos el dolor humano, lo curamos o lo consolamos como se tratan las cosas sagradas, con respeto y a veces hasta con veneración.

Para desarrollar esta labor y mantenernos en esta línea de conducta, necesitamos trabajar más, muchísimo más, y nuestro trabajo tiene que dar rendimientos económicos muchísimo más escasos que hace diez o veinte años; y como los médicos, como todos los médicos mexicanos, moralmente hablando, somos pobres por fortuna, pues

los que se llaman ricos, que son poquísimos, lo son relativamente, resulta de esta situación económica tan estrecha, que producir un trabajo cercenándole al pan cotidiano una buena parte, es una labor que vuelvo a llamar heroica, porque heroicidad es dominar las necesidades materiales de la vida y llevar el esfuerzo y la labor al campo elevadísimo de las idealidades humanas. Hacer ciencia cuando se tiene hambre, es algo que sale de los límites de lo que se ve y observa día con día entre los egoísmos brutales de la época presente, y que nos lleva como de la mano a esas inefables alturas donde se colocan los superhombres, los santos y los héroes.

Quizás se me tenga por exagerado, por mendaz o jactancioso; no, señores, digo la verdad y sólo la verdad. Conozco, como pocos lo conocen, al gremio médico y puedo asegurar que cuanto digo y afirmo es real y positivo y mi declaración categórica no lleva por objeto el que se nos estime más, pues ya esto sería aspiración condenable; lo que busco es que la sociedad nos estimule exigiéndonos responsabilidades para que la sirvamos mejor, para que dentro de nosotros se sientan, los que tienen una gran vocación del amor a la ciencia por la ciencia del ejercicio profesional, por lo que tiene de bondad y de virtud, se sientan, repito, estimulados a seguir subiendo unos, a seguir siendo buenos otros y de la obra de todos resultará el bien común para esa entidad colectiva, amada hasta la adoración, que llamamos patria.

Vallámos a ella, señores Académicos, hoy como ayer y mañana como hoy, serenos y tranquilos, que si vientos de fronda nos agitan, y a veces hasta nos contristan, son nubes de verano; dejémoslas pasar. Para esos instantes de prueba repitamos, con todas las veras de nuestro corazón, la hermosísima frase llena de toda la grandeza del espíritu cristiano del inmortal François Coppée: "Amémonos y perdonémonos, ya que el camino que tenemos que recorrer bajo el sol es tan corto."

México, D. F., a 1o. de octubre de 1931.

El Secretario Anual,
Dr. Leopoldo ESCOBAR.
